Contextos de esclavitud

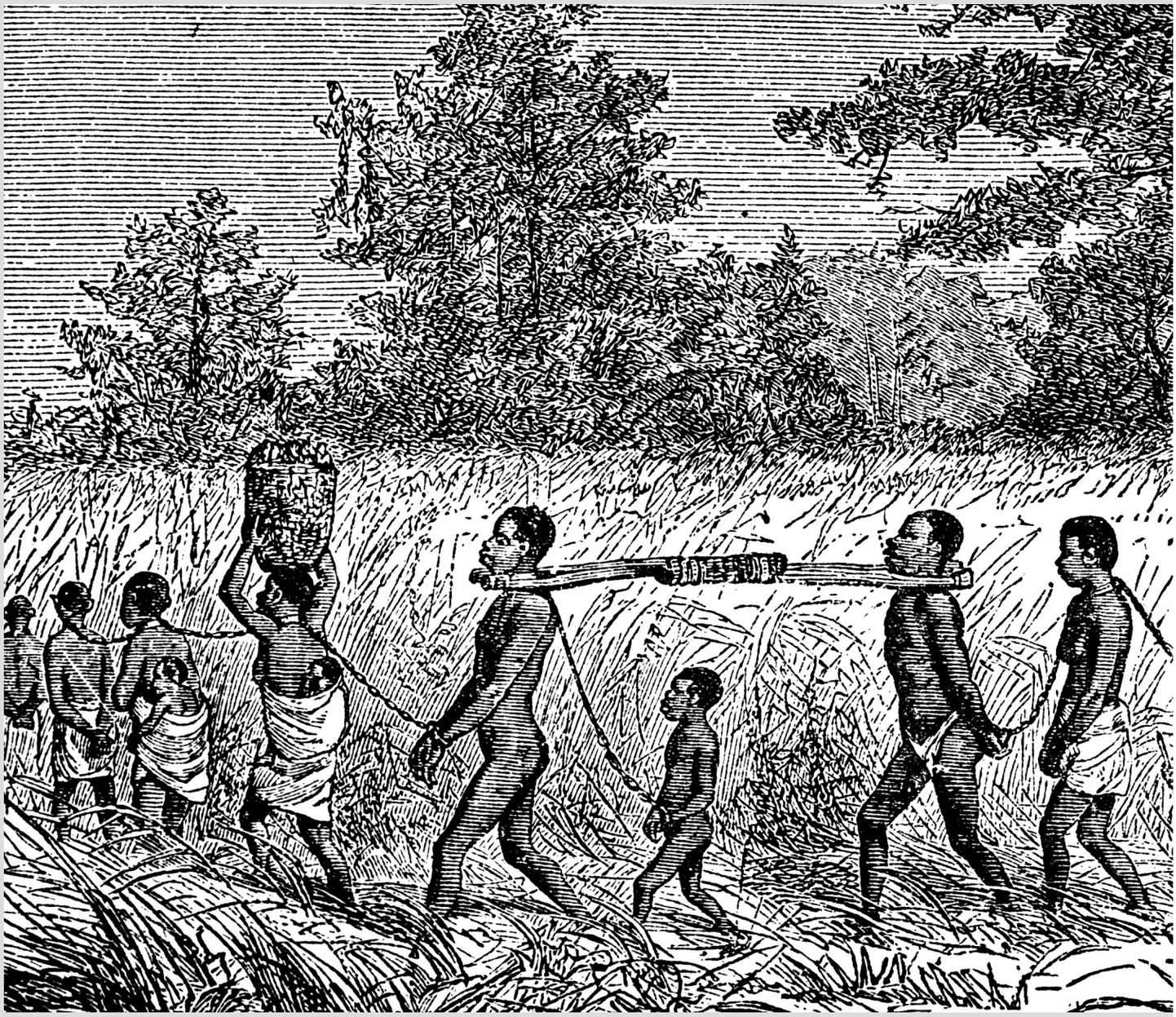
La esclavitud ha existido siempre en la historia de la humanidad, en todo el mundo y todavía existe hoy. No es exclusividad de África. Lo que sí es una exclusividad africana es la Maafa, un concepto acuñado por la antropóloga Marimba Ani, que significa mucho más que esclavitud, significa más bien "la experiencia humana más devastadora y destructiva de la historia de la humanidad". **Comité de Valladolid**.

El periodista e investigador Hugo Turner, en su trabajo titulado "Revolution in Haiti", define la esclavitud transatlántica como la Guerra Mundial Cero, Zero World War, una guerra que comenzó a finales del siglo XV, con los viajes -es decir, ataques- a Asia y África, de Vasco de Gama en 1483, continuó con los "descubrimientos" -es decir, ataques- de Colón a América en 1492, -que llevaron el genocidio, la esclavitud y el saqueo a gran escala, estatal, legal y bendecido por la iglesia-, y duró hasta 1914, cuando, con todo el mundo conquistado, los poderes imperialistas lanzaron la Primera Guerra Mundial.

Esta Guerra Mundial Cero duraría casi medio milenio, desde el S XV hasta bien entrado el XIX. El autor también define como la Tercera Guerra Mundial la actual estrategia imperialista de Estados Unidos, que como única potencia hegemónica destruye cualquier país que intente liberarse del servilismo y de su dominio. Esta III Guerra Mundial ya ha empezado, según Turner, y la sufren la mayoría de los pueblos del mundo: en la República Democrática del Congo, en Somalia, en Afganistán, en Venezuela, en Irak, en Libia, en Siria, en Yemen...

Sin embargo, esta excelente identificación de Turner podría inducir a dos errores de análisis histórico: Uno, que esa Guerra Mundial Cero -la esclavitud- terminó con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial, lo cual no es preciso ya que hoy existe esclavitud; y dos, que nunca hasta el también conocido como holocausto africano había existido la esclavitud. La realidad es que la esclavitud existe desde tiempos inmemoriales en todo el mundo.

En todas las culturas, los

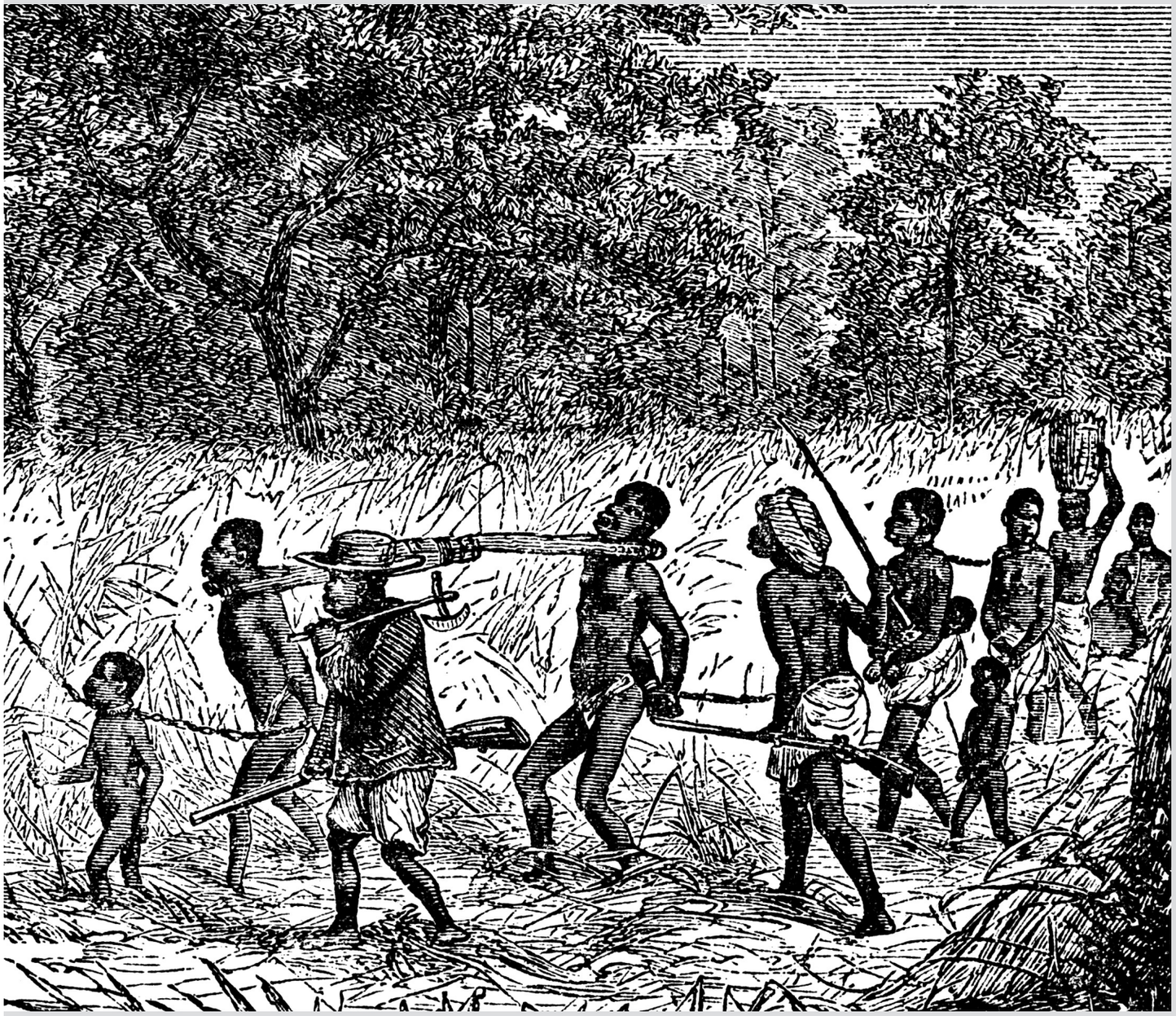


"otros" de cada pueblo o civilización eran considerados susceptibles de ser explotados en beneficio propio con diversas excusas, como perder la guerra, una deuda, un delito no pagado… Lo que Hugo Turner llama "la esclavitud" a secas es la industrialización de la esclavitud, cuando por primera vez en la historia de la humanidad se llevó a cabo en base a un componente racial, la deshumanización o bestialización de las personas negras de todo un continente.

La mera palabra nos trae a la mente el comercio trasatlántico de esclavos negros y el altísimo número de personas violentadas de este modo (nunca antes la población esclava de un estado había sido superior a los explotadores, como llegó a ocurrir en el llamado Nuevo Mundo) y que perduró nada menos que cinco siglos. Este inmenso holocausto sobre una raza solo es comparable al genocidio de los indios nativos americanos por el número de víctimas y las consecuencias de inferioridad conferida a todos los supervivientes de su raza.

La esclavitud no ha terminado, nunca se abolió más que sobre el papel, simplemente cambió sus términos de explotación, se adaptó a los tiempos y se globalizó. Hoy hay muchos más pueblos explotados como esclavos, además de los negros. La esclavitud siempre ha sido y es todavía un brazo fundamental del sistema capitalista que impera en el mundo, un brazo fundamental para globalizar la economía y maximizar los beneficios. Un brazo necesario, sin el cual las grandes multinacionales y su producción globalizada, monopolizada y especuladora, no sería posible.

Ha habido y hay muchas clases de esclavitud. Todas terribles, todas inhumanas. Sin embargo, si de verdad queremos combatirlas, hay que analizarlas por



separado para comprenderlas bien, para identificar esos patrones que las reproducen o perpetúan.

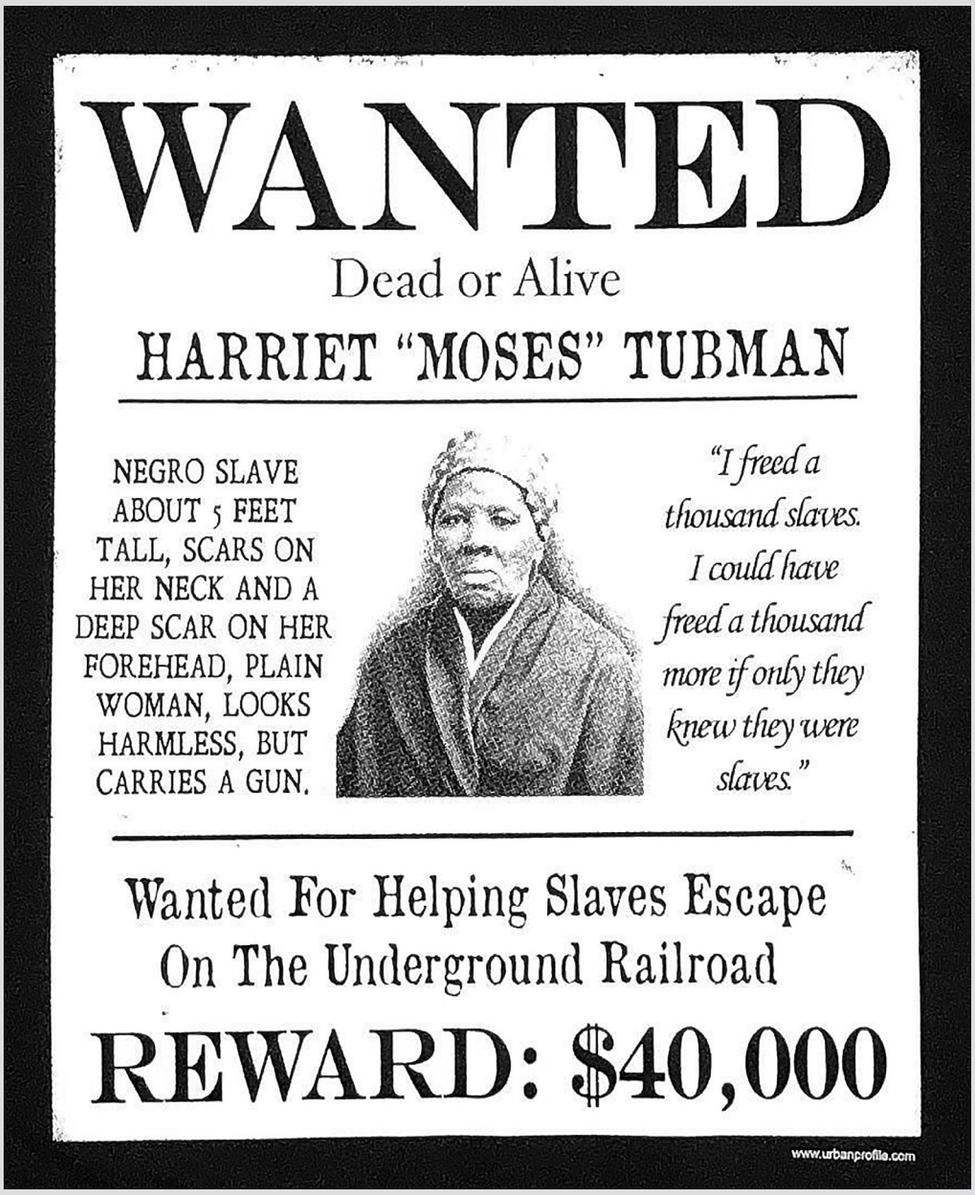
La Maafa, mucho más que esclavitud

El historiador de Burkina Faso, Joseph Ki-Zerbo, en su libro "Historia General de África" afirma que con la llegada de los "exploradores, civilizadores cristianos europeos" a la isla de Madeira en 1420, dio comienzo en África "un tormento infinito. El saqueo febril y cínico de sus riquezas, incluidos sus hombres". Ahí sitúa el burkinés el comienzo de la esclavitud en África, en 1420. No habla de la esclavitud de antes, ni de la de después, ni de la de otros lugares geográficos, ni de la de otros pueblos, habla de la Maafa, término kiswahili acuñado por la antropóloga Marimba Ani para referirse a "la experiencia humana más devastadora y destructiva de la historia de la humanidad. El acto más destructivo jamás perpetrado por un pueblo sobre otro", que es lo que sufrieron las y los africanos negros durante todas las generaciones de estos casi cinco siglos.

Para los estudiosos africanos el hecho de que otros académicos generalicen y pongan todas las esclavitudes históricas y actuales en el mismo plano es negar, infravalorar y diluir el horror de la Maafa. Historiadores y estudiosos negros como la citada profesora Marimba Ani analizan en profundidad la visión africana, sin restar gravedad a ninguna de esas otras esclavitudes, con las que necesariamente se hermanan. Nada fue nunca antes ni después lo mismo que la Maafa. Por eso solo existe un término africano para definirlo. De hecho, el mismísimo término 'esclavo', proviene de la narración eurocentrista de la historia. Ki-Zerbo explica en su obra "Historia de África Negra":

"Algunos quieren hacer creer que los europeos no hicieron más que imitar la práctica corriente por aquel entonces en África. Pero aquella no era exclusiva del continente negro. Por doquier, durante la Edad Media, el esclavismo indicaba un cierto estadio de evolución socioeconómica. La palabra esclavo proviene del hecho de que los eslavos de Europa central solían ser objeto de venta en la Edad Media."

En África, antes de ese fatídico 1420, había esclavos de casa y esclavos de guerra, incluso el emperador de Mali tenía esclavos blancos. Estos formaban parte de la sociedad, tenían derechos cívicos, "eran estimados y honrados incluso tenían derecho a tener posesiones" (Monseñor Cuveiler) y en la mayor parte de los casos acababan formando parte de la familia. En la región de Kongo eran miembros postizos de la familia, hasta el punto de diferenciar en su lengua el hijo/niño (esclavo) y el hijo/niño de vientre (consanguíneo) para un padre. La estructura patriarcal y comunitaria generalizada en las sociedades africanas, hacía imposible considerar a un esclavo como un bien, en el sentido romano del concepto. Había pueblos, como los Fang, que no conocían ni el concepto y no tenían terminología para ello. La destrucción de la condición humana del esclavo es exclusividad de los europeos, de su modo de ver el mundo, de su modo de



verse a sí mismos como superiores y de su modo de relacionarse con otros pueblos.

El mismo historiador también desmonta el mito de los esclavistas árabes, la esclavitud que se produjo en el África oriental, señalando que, aunque brutal, fue inmensamente menos dañina y menos numerosa, aunque se extendiese en el tiempo:

"Ciertos autores, que especulan sobre la trata de negros que realizaban los árabes y que afirman que ésta ha durado mucho más que la llevada a cabo por los europeos, pretenden que el África oriental ha arrebatado a África mas individuos que la occidental. Pero debemos distinguir en este caso entre los tratantes, que solían ser bandidos sin escrúpulos, y los consumidores, que se servían con gran frecuencia de negros para fines domésticos [...], pero no es posible objetivamente colocar al mismo nivel la trata oriental y la atlántica, que se llevaba a cabo con medios mucho más poderosos."

Por otra parte, si queremos hacernos una idea del alcance de una y otra, la esclavitud atlántica y la oriental, solo tenemos que comparar la herencia actual de una y otra. Europa, o las grandes dinastías y familias acaudaladas desde hace generaciones, disfruta la riqueza heredada de la esclavitud, mientras que los árabes y Zanzíbar no han heredado nada de la supuesta riqueza acumulada gracias a la explotación de los africanos.

El análisis de la esclavitud desde el eurocentrismo no capta esta visión fundamental, ni siquiera la izquierda progresista reconoce la experiencia africana de la Maafa que va más allá de ser convertidos en bienes comercializados y explotados con crueldad. Se trata de la experiencia de ser convertidos en una raza de "no humanos" durante generaciones y generaciones. Los pueblos imperialistas europeos buscaron la extinción física, psicológica y cultural de toda una raza humana, esto va más allá de la esclavitud tal y como la entendemos los europeos.

Este error de principio, es una negación, según el historiador congoleño Jaques Delpechin. Para él, "la destrucción de la humanidad de los africanos durante siglos, para el florecimiento del capitalismo, es un crimen contra la humanidad que por no estar debidamente asumido, incluso por quienes combaten el capitalismo, descriminaliza el crimen", dando paso a la intensificación de otros crímenes contra la humanidad "del mismo modo que un ladrón impune estará siempre tentado de cometer un golpe cada vez mayor".

Para este mismo autor, la "moda abolicionista" no funcionó para acabar con la esclavitud al igual que la "moda de la lucha contra la pobreza" actual no acabará jamás con la pobreza, porque no se reconocen en total profundidad las causas de la misma. La abolición de la esclavitud "no cambió los hábitos ni modos de pensar de las poblaciones que se beneficiaban de la esclavitud. Sería más apropiado hablar de modernización de la esclavitud".

A pesar de todas estas reivindicaciones, los estudiosos africanos no quieren cometer la imprudencia de echar toda la culpa a europeos y árabes, sería simplista y poco fiel a la realidad documentada. La historia de la Maafa es mucho más compleja y no hay que dejar fuera del estudio la colaboración de los propios africanos en esta tragedia.

En todos y cada uno de los conflictos de la historia de la humanidad, siempre hubo y habrá elementos débiles y avaros de la comunidad agredida que se ponen del lado del agresor, "¿por qué iban a ser los africanos diferentes?", alega el documentalista y escritor afroamericano Alik Shahadah.

Diversas fuentes estiman que el número de víctimas de la Maafa oscila entre los 40 y los 100 millones de personas negras. Esta imprecisión es comprensible si nos detenemos a pensar en qué víctimas suman o no suman y el largo periodo que abarca. ¿Solo las víctimas sacadas de África de modo "legal" es decir declarado? ¿Sumamos los barcos piratas de comercio de negros sin alma? Los autores que dan las cifras más bajas son los que se basan únicamente en los registros oficiales de Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal y España sobre los africanos y africanas llevados oficialmente al Nuevo Mundo, pero no cuentan, porque es imposible, los barcos piratas de los mismos estados, que eran mucho más numerosos. Pero, ¿qué hay de los que murieron en el trayecto?, ¿de los que murieron por la exposición a las enfermedades de los europeos?, ¿de los que murieron en las resistencias luchando contra los esclavistas en África?, ¿de los que murieron por las malas condiciones de vida al esconderse en lugares inaccesibles e inhóspitos?, ¿qué hay de los que nacieron de los esclavos en las Américas y murieron en pocas décadas, como todos, sin saber que eran seres humanos de pleno derecho?, ¿qué hay de los que se suicidaron en masa?, ¿contamos los de la esclavitud del África oriental? y ¿qué hacemos con los que fueron trasladados a Europa? Y todo esto durante cinco siglos... La mortandad de la Maafa jamás podrá ser calculada con exactitud.

La historia, siempre retocada por quien la escribe

Se responsabiliza de algún modo a Fray Bartolomé De las Casas del inicio del comercio atlántico de esclavos negros. Este defensor de los derechos de los indígenas americanos en los inicios de la colonización aceptó como "un mal menor" la idea que le propusieron en España para dejar de explotar a los nativos, sustituirlos por "robustos negros", ya que estos "no tenían alma". Aun siendo cierto esto en un primer momento, el misio-

nero en poco tiempo se desdijo de sus palabras y lo dejó por escrito. De las Casas reconoce como un error propio la consideración de la falta de alma de los negros, un gesto de honestidad intelectual poco común, que no tuvo ningún eco pues la obra en que dejó constancia de su rectificación no salió a la luz pública hasta trescientos años después de su muerte: la Historia de las Indias, escrita entre 1527 y 1559, fue ocultada por la Iglesia y no se publicó hasta 1875. Esta anécdota puede servir de ilustración para abordar la institucionalización a gran escala del "blanqueamiento" de la historia por los que la escriben, la "ocultación oficial" de la responsabilidad, el alcance, las consecuencias y herencias de este pasaje tétrico de la historia de la humanidad.

La aniquilación de la cultura, historia e identidad de los pueblos africanos, la deshumanización de sus cuerpos con el fin de obtener beneficios económicos durante casi cinco siglos está íntimamente relacionada con la eclosión del sistema capitalista actual. Esta capitalización de los considerados 'no-personas' es la base sobre la que se funda el capitalismo que desarrolló a Europa y convirtió a Estados Unidos en el centro del sistema global actual, hasta el punto de que estudiosos como Gerald Horne definen a la potencia norteamericana como "esclavocracia".

El orden actual, las desigualdades, la jerarquía social-racial moderna tiene sus raíces en la Maafa. La raza sigue otorgando privilegios y oportunidades o, en su caso, obstruyendo el acceso a esos privilegios a las razas supervivientes y herederas de esta tragedia de la humanidad y sus consecuencias.

La supremacía blanca, el racismo institucionalizado de hoy es consecuencia directa de la impregnación -consciente o inconsciente- en la mentalidad de las poblaciones europeas y occidentales de la propia superioridad y de la menor valía de los negros. A pesar de algunos, -o muchos y loables-, esfuerzos culturales, la consideración de igualdad absoluta entre todas las razas es una asignatura pendiente en la educación social de occidente en general. Ni siquiera sabemos identificarlo o reconocerlo.

Esta mentalidad inconsciente de superioridad no tiene por qué ser solamente negativa, también ha generado la inversa, los buenos corazones que sufren por la "incapacidad" natural de los y las negras para ser "civilizados". Confundimos civilización con occidentalización. Precisamente por ese racismo inconsciente, a menudo bienintencionado, seguimos sin considerar cultura a sus culturas; formas de vida dignas a sus propias formas de vida; humanas a sus relaciones sociales… Seguimos llamando a sus diferentes modos de vida "primitivos", "subdesarrollados", consideramos su espiritualidad como "ignorante", si no se asemejan a nuestro aspecto y maneras de comportarse nos parecen "atrasados", si no hablan nuestros idiomas europeos nos dan la sensación de "analfabetos"… nada en su cultura está a la altura de la nuestra, sobre todo si no se puede escribir y leer en nuestros propios idiomas. Sus naciones son tribus, no como las nuestras; su organización social, inútil. O se asemejan a nuestra imagen y semejanza o no son civilizados. Los africanos que viven en África nos producen o pena o rechazo, pero pocas veces verdadero respeto entre iguales. Seguimos creyendo que el único bien al que pueden aspirar es a nuestro frenético desarrollo, y nos referimos exclusivamente a lo económico… y seguimos imponiéndoselo… ¡y lo llamamos "ayuda"!

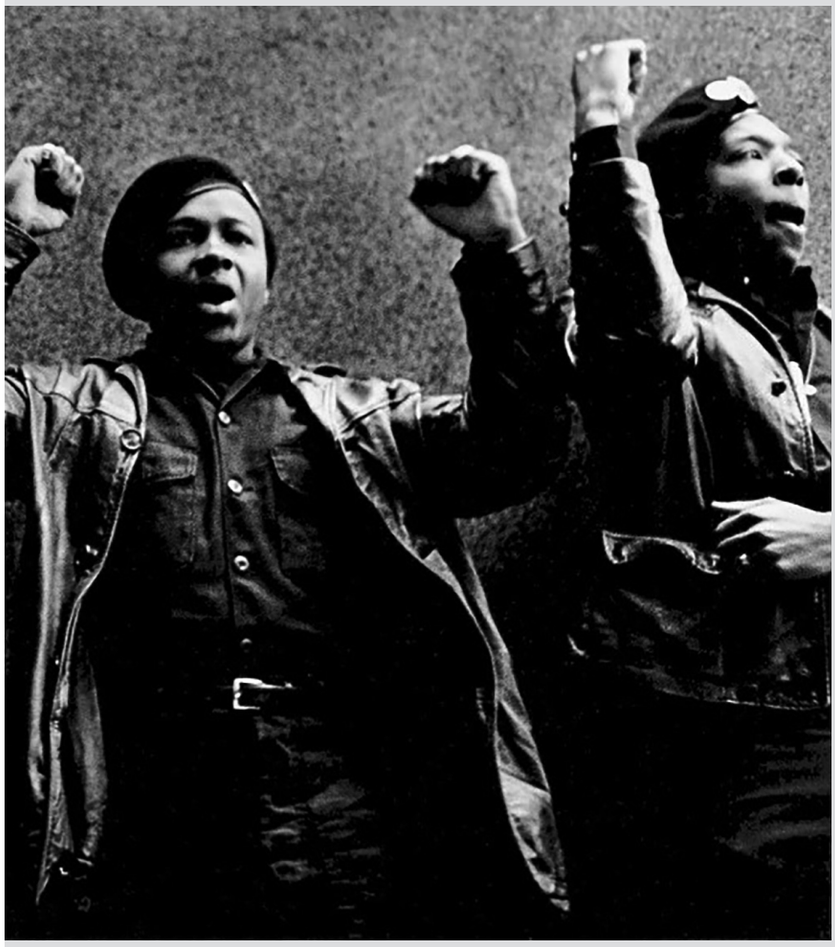
El ya mencionado autor

afroamericano, Alik Shahadah, asegura que "las nuevas herramientas de opresión se esconden en la democracia occidental. La "democracia" es el caballo de Troya y los soldados que se esconden dentro son el libre mercado, la globalización y la deuda".

Esta globalización perniciosa, hoy no solo para África, sino para todos los pueblos explotados, se produce gracias a que nos han contado la historia totalmente fraccionada, sin poner en relación unos hechos con otros. La sociedad occidental no relaciona la pobreza de África con su verdadero origen: la esclavitud, la colonización económica y mental, y la posterior impunidad de todo lo infligido a sus pueblos y naciones, que hace inviable su pertenencia a ese "club de los buenos", la comunidad internacional con capacidad de acción y decisión.

Ni los Mai Mai, ni el apartheid, ni los Black Panthers, ni el movimiento Black Lives Matters, ni el sindicato de manteros de Madrid manifestándose junto al movimiento 12N contra el racismo institucional por las calles de la capital española se pueden desligar de estas causas originarias, la esclavitud y la colonización. Si no se trata todo esto como la continuidad de la misma historia, si tratamos todos estos episodios como hechos aislados y desconectados unos de otros, no seremos capaces de identificar el patrón de la supremacía blanca en toda la historia, desde el siglo XV hasta nuestros días (la esclavitud antes del siglo XV no se basaba en la raza). La profesora Marimba Ani considera toda esta situación actual directamente "violencia cultural".

Si muchos europeos, o mejor dicho, occidentales, incluso los más instruidos en historia, sienten el impulso "sin maldad" de decir a los africanos: "por favor, superad ya la esclavitud, seguid adelante con vuestra vida de una vez", es precisamente debido a esta historia blanqueada y fragmentada que se nos ha enseñado.



En un discurso pronunciado en Jamaica en septiembre de 2015, el entonces primer ministro británico David Cameron osó decir que "Jamaica debe dejar atrás de una vez por todas el doloroso legado de la esclavitud".

Para que seamos capaces de ver nuestro propio racismo inconsciente, el mordaz Alik Shahadah nos pregunta si seríamos capaces de hacer esa misma sugerencia a las víctimas del holocausto judío. Impensable ¿verdad?

Y esta radical pero efectiva prueba del algodón para detectar el propio racismo, nos lleva a otra faceta, la importancia del lenguaje. Como hemos dicho, la Maafa no tiene una traducción más exacta a las lenguas europeas que la de Holocausto, pero la autora Marimba Ani hace el esfuerzo de ahondar en la inexactitud del término. La palabra holocausto evoca en los occidentales la tragedia judía, nunca la tragedia de los pueblos africanos, a pesar de que las víctimas fueron infinitamente más, la duración fue muchos siglos mayor y su destrucción de tal magnitud que no podemos ni encontrar palabras para traducirlo.

Muchos alegan que es por la lejanía en el tiempo. Pero esto es otro modo más de blanquear la historia, ¿Cómo puede considerarse tan lejano en el tiempo algo que perdura hoy? No hay ninguna nación en la faz de la tierra que disfrute de la herencia de la riqueza acumulada gracias a la bestialización de los y las africanas como lo hacen las naciones europeas, y principalmente sus oligarquías. Muchas de las grandes fortunas europeas, también las españolas, provienen de este comercio esclavista. Precisamente, digámoslo solo de paso, la familia Cameron goza de una inmensa fortuna en la actualidad gracias a sus antepasados esclavistas y las grandes ganancias

que obtuvieron con el comercio de esclavos y con su abolición. ¿Cómo alguien que disfruta de ese privilegio heredado es capaz de decir con la mano en el corazón a alguien que sufre la falta de oportunidades igualmente heredada que supere de una vez lo que provocó esta desigualdad tan extrema? Otros dirán que si tuviéramos que reparar todas las brutalidades de la historia de la humanidad no acabaríamos nunca. Nos preguntamos: ¿dirían lo mismo si esos entre 40 y 100 millones de víctimas fueran blancas y europeas y nosotros los herederos de sus condiciones?

No queremos terminar este apartado del blanqueamiento de la historia que nos han contado sin volver sobre la manida excusa de que los africanos colaboraron, o que ya existía esclavitud en África antes de los europeos. El analista político afroamericano Boyce Watkins desmonta este mito o falso argumento comparándolo con un juicio. Aunque fuera verdad o comparable la culpabilidad de unos y otros, cosa que estamos viendo, es más que dudosa, Watkins plantea que «Si una niña es vendida para ser explotada sexualmente por sus propios padres, el proxeneta que la explota debe pagar por su parte de culpa en el daño causado a la niña. Si en un juicio el explotador alega "Sus padres me la vendieron, cúlpenles a ellos, no a mí", obviamente no será escuchado. Los padres tienen una parte de responsabilidad y él tiene otra parte».

El lavado de cara de la historia que nos han contado queda en evidencia cuando se insiste en repetir este argumento falaz, para desviar la culpa de los europeos hacia los africanos, y se oculta sistemáticamente la feroz resistencia de los y las africanas a ser desarraigados y deshumanizados. El maliense Muhammad Shareef rebate esta imagen falsa que se da en la "Historia oficial" escrita por los europeos sobre los africanos, "se dice que aceptaron sin resistencia el proceso de la esclavitud. Pero en el África occidental, por ejemplo, había un gobierno o entidad política de la época que garantizaba la seguridad de la región, que era el Imperio Shongai".

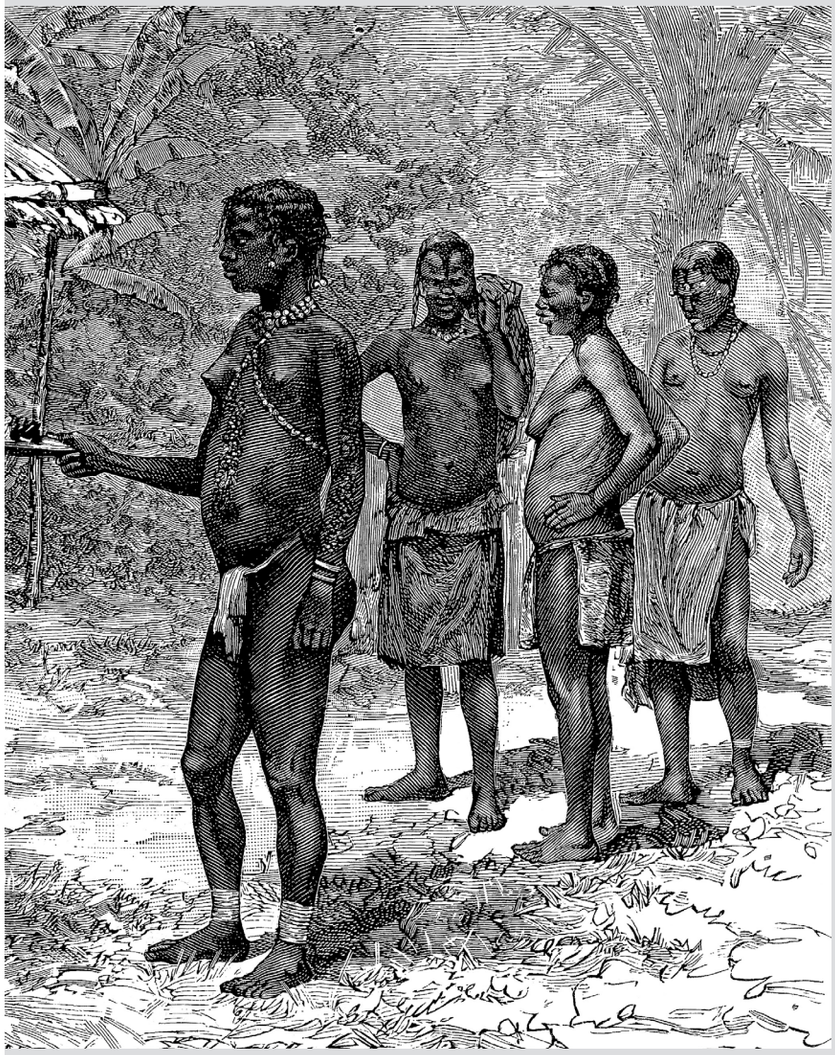
El maliense, fundador en su país del Instituto Sankore para los Estudios Internacionales Islamico-Africanos, recuerda, además, otras muchas historias de resistencia en su región que eran verdaderas guerras, como la revuelta de "Malik Sy, en el siglo XVI, o hombres como Abdul Qadeer y Cherno Sulayman Kaba, que lideraron organizaciones de resistencias conocidas como Futa Toro y Futa Jalón. También las campañas de Nasr al-Din, con el movimiento Tubernan contra la esclavitud, a finales del Siglo XVII".

Los Nzinga y otras zonas del sur de África también lucharon ferozmente contra la invasión europea. "Hasta el Siglo XVII hombres como Umar Tall, Sheikh Uthman Dan Fodiod y Umar Futi así como Ahmed Lobo. Y después, tuvimos valientes guerras, que tuvieron lugar en 1884 bajo los ejércitos de Muhammad Ahmed, Ibn Abdullahi de Sudán y el de Muhammad Abdullahi al Hassan de Somalia".

Es muy probable que uno de cada diez viajes esclavistas sufriera rebeliones a bordo. Muchos grupos de familias enteras, se suicidaron en masa antes de ser embarcados en las naves esclavistas. Incluso en el Nuevo Mundo, los esclavos negros se resistieron con valor, como el caso de la rebelión que duró dos meses de Muhamad Sambo, en Louisiana, Norte América; o Nat Turner; la revolución de Haití; y otros muchos hombres que jamás se sometieron, como Macantow.

En documentos oficiales de los gobiernos europeos esclavistas se puede leer cómo procuraban no mezclar a los recién llegados de África, con memoria de lo que fuera su hogar, con los esclavos ya "acondicionados", nacidos en las Américas como esclavos, para que los segundos no tomaran conciencia de sus orígenes y cultura. Es más, había esfuerzos por enseñar a los esclavos nacidos como tales a odiar todo lo referente a África, precisamente para que no se unieran, en caso de llegar a conocer, a los rebeldes contra el sistema, ya que eran abundantes y enérgicos.

La imagen de los europeos como los libertadores de los africanos inertes e incapaces de reaccionar es una invención, la realidad fue más bien la contraria. Fue una sangrienta y larga guerra perdida por inferioridad del desarrollo y potencia de las armas en África y por la falta de percepción de unidad como pueblos africanos. En el siglo XV en África cada imperio, cada nación o ente político organizado no tenía conciencia de ser africano.



Al igual que en Europa tampoco había conciencia de ser europeos. Los franceses, los rusos, los británicos, los italianos o españoles, no se consideraban iguales al resto de pueblos de Europa, no había esta conciencia.

Los esclavos ¿tuvieron que comprar su libertad?

La abolición de la esclavitud fue en realidad la modernización de la esclavitud, como apuntaba Delpechin. Supuso más beneficios y más poder para los mismos esclavistas. Se cambió la conceptualización pero no la esencia. Ya se explotaba con increíble inhumanidad a otros pueblos y otras razas. Con todo el planeta dominado por los europeos, fue fácil abolir la propiedad de los negros, pudiendo explotarlos de una forma más rentable.

Efectivamente, a finales del siglo XVIII se aceptó que "los negros tenían alma", como había dicho Bartolomé de las Casas siglos antes. Se devolvió la humanidad a los negros, pero solo de palabra. Con la historia debidamente blanqueada y diluidas sus consecuencias y el alcance de su destrucción, este reconocimiento no supuso mejora alguna. Después de cinco siglos sufriendo la amputación consciente de su cultura e identidad, las mentes de los negros africanos supervivientes fueron sometidas, más que liberadas. Se le dijo sin palabras que pasarían de golpe a formar parte de la "humanidad a la europea" previa aceptación de su propia inferioridad, asimilación de la cultura postiza y negación de la propia, si quedase algún resquicio.

Esta esclavitud no se abolió porque los esclavistas llegasen a la conclusión de que esto era poco ético, o porque reconocieran la humanidad e igualdad de los negros y ellos mismos. A finales del siglo XVIII, ya era muy costoso mantener a los esclavos, muchos de ellos se habían "acomodado" al sistema, se habían convencido de que era la mejor forma de poder comer, pero esa era una minoría, la mayoría quería su libertad. Lo más costoso para los esclavistas y sus estructuras estatales era la fuerza necesaria para contener las continuas resistencias y revueltas de los esclavos que se organizaban para luchar por su libertad y para subvertir el sistema. Estos luchadores, que iban contra la legalidad de la época, lógicamente, eran tachados de criminales, como Harriet Tubman (1820-1913), una de las más famosas esclavas fugadas que se dedicaba a ayudar clandestinamente a otros esclavos a huir. En los carteles de "Se busca" se decía que era ladrona de esclavos (propiedad privada) y peligrosa.

Los ingenieros financieros de la época calcularon que era más beneficiosa la abolición que el mantenimiento de la esclavitud. Así que, una vez que las grandes fortunas ya estaban bien cimentadas, presionaron a los gobiernos para que les indemnizasen por renunciar a sus esclavos, callando convenientemente el asunto de los elevados costes de la manutención y contención de revueltas, que también revertía en las arcas públicas. ¡y encima obtendrían un reconocimiento moral por ello! Fue un negocio redondo.

La explotación continuaba, pero sin los costes de manutención y demás. ¿En qué salario se pone la línea divisoria entre esclavitud y libertad? ¿En el que logre pagar la vida digna de la familia? Desde luego no se produjeron tales cálculos, los "salarios" no daban ni para comer, menos para dar una vida digna a esas personas "liberadas". Estos dilemas de reconceptualización no se plantearon, simplemente se

consideró esclavitud el hecho de propiedad de una persona sobre otra. Así las cosas, no pudo resultar más fácil y beneficiosa la abolición.

Las indemnizaciones millonarias por parte de los gobiernos a los antiguos propietarios de esclavos se han estado pagando hasta el siglo XXI. Los estados se endeudaron con los bancos más poderosos de entonces, -y de ahora, como el de la familia Rothschild-, a los que pidieron enormes créditos a altos intereses para indemnizar a los propietarios de esclavos. En febrero de este año 2018, el Tesoro público británico publicó en su cuenta de twitter: "millones de ustedes han ayudado a poner fin a la trata de esclavos con sus impuestos". El trasfondo brutal de este mensaje fue inmediatamente denunciado por el Vicecanciller de la Universidad de las Indias Occidentales y Presidente de la Comisión de Reparaciones de la Comunidad del Caribe (CARICOM), Sir Hilary Beckles, e inmediatamente borrado. Esto quiere decir que el gobierno británico, con el dinero público de todos los británicos, terminó de pagar a la banca privada los créditos de las mencionadas indemnizaciones, abonadas hace 180 años a familias como la del ex primer ministro David Cameron, o como la del escritor George Orwell o la de Graham Greene, entre otras. A ese dinero público también han contribuido con sus impuestos descendientes de esclavos que fueron "liberados" sin indemnización ninguna, desposeídos no solo de sus bienes sino de mucho más, de su mismísima identidad y cultura.

Curiosamente ¡no se pensó en indemnizar a los esclavos! En todo caso, los esclavos tuvieron que pagar por su liberación, como es el caso de Haití. En este país caribeño tuvo lugar la primera y única revolución de esclavos que acabó victoriosa (1791 - 1804). En 1825, el país se vio obligado a pagar a Francia 150 millones de francos de oro (el presupuesto anual de Francia en ese momento) destinados a compensar a los propietarios de esclavos, esclavos que con su trabajo hacían muy rentables las plantaciones privadas de azúcar y café. El rescate fue impuesto bajo la amenaza de una invasión militar: el 17 de abril de 1825, una flota de 14 buques de guerra rodeó la bahía de Puerto Príncipe, listos para intervenir, sugiriendo una posible restauración de la esclavitud en caso de insubordinación. El estado moderno de Haití estuvo pagando esta "deuda" a familias de alta alcurnia y rancio abolengo en Francia hasta 1946.

Cuando el presidente de Haití entre 1997 y 2004, Jean Bertrand Aristide, pidió a Francia la devolución de este pago con ocasión de la gran pompa con que Francia había reconocido oficialmente que la esclavitud fue un crimen contra la humanidad, Francia se negó a ir tan lejos. El país de la "Liberté, Égalité et Fraternité" no solo evidenció su reconocimiento hipócrita del crimen de la esclavitud, sino que conspiró con la CIA para derrocar y asesinar a Aristide en 2004.

España

Y, como era de esperar, España no fue menos. España fue el último país de Europa en abolir la esclavitud. Lo hizo en 1817, diez años después que Gran Bretaña, aunque la abolición efectiva no llegó hasta 1870 en la

península, 1873 en Puerto Rico y 1880 en Cuba.

En estos años había un fuerte lobby antiabolicionista de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, liderado por la alta burguesía. Existe una carta enviada desde Barcelona al gobierno de España en 1873, firmada por 238 mujeres nacidas en las islas de Cuba y de Puerto Rico, y residentes en la ciudad condal, de las acaudaladas familias esclavistas, que intentaron convencer al gobierno de que no aboliese la esclavitud con estas "benevolentes" palabras:

"No queremos la esclavitud. ¿Qué hemos de quererla si somos mujeres y católicas? Pero queremos menos aún que se suma en la barbarie a los infelices a quienes se pretende favorecer, haciendo de la hermosa Cuba, de la bella Puerto Rico, dos tribus semejantes a la desdichada Santo Domingo".

Acababa de tener éxito la revolución de Haití, las mujeres aluden en su carta a los acontecimientos de la siguiente manera:

"Póngase un arma en manos de un niño y se herirá con ella. Niño es el que ha vivido siempre bajo tutela y arma mortífera la libertad, para quien no sabe hacer de tan precioso don el uso conveniente [...] Además, Excmo. Señor ¿qué uso conveniente se quiere que hagan de su libertad sin preparación alguna, unos seres que por sus naturales instintos, por su condición y por otras razones de todos conocidas, no saben vivir sino guiados por el suave yugo de los consejos y del amor de sus amos, con los que se hallan identificados? Bárbara crueldad será, por tanto, que no caridad ni aun filantropía, el lanzar a tantos millares de hermanos nuestros, en la sima de los vicios y del crimen [...] Desista pues V. E. de las malhadadas reformas y desistan los que le empujan por tan funesto camino".

España no es diferente a Europa, ha blanqueado convenientemente el origen esclavista de muchas grandes fortunas. En su libro "La esclavitud en España, un lazo trasatlántico", el catedrático de Historia Jose Antonio Piqueras desvela muchos aspectos con nombres y apellidos de esta historia "conscientemente olvidada". El marqués de Comillas; el primer presidente de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, Josep Xifré; la infanta María Cristina de Borbón; el duque de Riansares; el fundador del Banco de Bilbao; la madre de Alicia y Esther Koplowitz; Leopoldo O'Donnell; Antonio Cánovas del Castillo; Joan Güell i Ferrer… son algunos de los muchos apellidos que aparecen en el libro porque el origen esclavista de sus fortunas está bien documentado.

Nadie tiene culpa de su herencia, dirán muchos, ni los afortunados que han nacido y vivido totalmente ajenos y desconectados de la miseria humana ni los desheredados de la tierra que sufren la otra cara de esta moneda que es la cruda realidad del sistema capitalista en que vivimos.

Redefinir la esclavitud

Volvamos a la esclavitud del siglo XXI, no solo de los africanos. El sistema que la produce y necesita es el mismo, el capitalismo, que se ha consolidado y es cada vez más cínico y perverso. La violencia de toda clase se ejerce hoy contra millones de personas esclavizadas, en un grado u otro. Los migrantes y desplazados de todas las partes agredidas y desposeídas del mundo sufren un desarraigo brutalmente violento, comparable al comercio de esclavos del siglo XV. Recientemente pudimos ver en las pantallas de nuestros televisores que en pleno siglo XXI sigue habiendo mercados de esclavos en Libia.

A pesar de la sensación que tenemos una gran mayoría de europeos / occidentales de vivir en esa "ausencia de libertad cómoda, suave, razonable y democrática" de la que hablaba el filósofo Herbert Marcuse, esto no es la realidad para la mayoría de los seres humanos. De los algo más de 7.600 millones de personas del mundo, los países que consideramos occidentales, incluyendo Japón, Australia y Nueva Zelanda, somos unos 1.100 millones; el resto, unos 6.500 millones de personas, vive en un mundo paralelo muy diferente. Grandes segmentos de estos 6.500 millones de personas no tienen acceso a alguno, varios o todos los elementos que conforman el bienestar según nuestros baremos: agua, justicia, alimentos, libertad, sanidad, educación, vivienda, medicamentos, seguridad, tierra, electricidad… viven fuera la sociedad según la concebimos. Son los desheredados de la tierra que definía Frantz Fanon.

Por aquí, estamos convencidos de que la esclavitud se abolió, idea que convive perfectamente con la realidad de que según la OIT (Organización Internacional del Trabajo) hay no menos de 40 millones de esclavas y esclavos en el mundo. Tal vez haya llegado el momento de plantearse la reconceptualización de la esclavitud.

La RAE define la esclavitud como la "Sujeción excesiva de una persona a otra"; la OIT la define como "El trabajo forzoso exigido bajo amenaza y al que el individuo no se ofrece voluntario"; la organización Antislavery International dice que el esclavo es "aquel obligado a realizar determinadas actividades bajo amenazas físicas o físicas". Ciertamente, todo esto existe en la actualidad, en muchas partes del mundo. Desde que se tipificó como delito la "propiedad de un ser humano", se sacaron del alcance de la ley o se hicieron invisibles todas esas otras diversas formas y grados de explotación y sometimiento, que en muchos casos hoy, son de una crueldad sin precedentes.

Hoy en día no debería basarse el concepto de esclavo en la propiedad, existen hom-

bres, mujeres, niñas y niños que trabajan en unas condiciones perfectamente equiparables a la antigua esclavitud, incluso peores, en las minas de coltán del Congo, en las plantaciones de algodón de Burkina Faso, en las de cacao en Costa de Marfil, en las de café de Etiopía o Colombia, en las de piñas de Costa Rica, en las minas de diamantes de Zimbabwe, en las fábricas de ropa de Bangladés, en las plantaciones de té de la India, en las conserveras de pescado en los grandes barcos y puertos de todo el mundo, en burdeles de Tailandia y de Alemania, en la mendicidad presente en los paseos comerciales de las ciudades europeas… Muchos, sobre todo muchas, han sido secuestrados para la explotación de su cuerpo, otros muchos cobran un "salario" que es insuficiente para alimentarse ellos mismos y sus familias; hay otros grupos de personas que aunque cobren salario suficiente para alimentarse, no cuentan en su comunidad con las precondiciones necesarias para garantizar el bienestar propio o de sus familias. ¿Se puede definir todo esto y mucho más todavía solamente con el concepto único de esclavitud?

Como hemos dicho, la abolición de la esclavitud fue un proceso capitalista y las herramientas del amo no destruyen la casa del amo. La pervivencia de la explotación sin escrúpulos de unos seres humanos sobre otros no solo ha perdurado, sino que se ha vuelto invisible con otra herramienta capitalista: la manipulación, la creación de una conciencia única. Ya hemos hablado de una de sus formas: el blanqueamiento de la historia, pero no es lo único.

Con el triunfo del capitalismo, se han empleado ingentes esfuerzos para manipular y fabricar el consentimiento, la conciencia y acomodar la sumisión de todo el mundo a la idea de que no hay alternativa al imperio del capitalismo. Se ha demonizado el sueño de una sociedad emancipada y sin desigualdades, de la auténtica ideología socialista. Casi se ha logrado que todo el mundo piense que este sistema es el único posible, ¡aunque en él sobren 6.500 millones de personas de 7.600!.

Nota: Como Umoya, no podemos dejar de recordar siempre que somos europeos y todos estos análisis son eurocentristas, aunque intentemos evitarlo en lo máximo. cuando decimos "todo el mundo", es un modo de hablar, nos referimos a nuestro mundo el que conocen los lectores (el de 1.100 millones de personas ¡y mucha parte del resto de los 6.500, cierto!, pero no todo el mundo).

Este sometimiento a la sumisión al imperio del capitalismo de la sociedad occidental y mucha parte de la no occidental, esta indefensión aprendida, esta conformación de la mentalidad sumisa, tiene dos efectos que retroalimentan perfectamente el status quo:

- Por un lado ha logrado que, por lo general, las personas de Occidente desconecten totalmente las dinámicas capitalistas de acumulación, desposesión y explotación sin límites, de los procesos de empobrecimiento (por tanto vulnerabilidad a la "esclavitud"). No logramos poner en relación la situación del norte con la situación del sur, a pesar de estar íntimamente relacionadas.

- Por otro, logra infundir el miedo paralizante en las clases trabajadoras y cada día más precarizadas de Occidente. Si protestan, si cuestionan, si critican, si osan imaginar un cambio, perderán su posición de relativa ventaja.

Los pueblos que se resisten, intentan abrir los ojos y la mente de las minoritarias y asustadas sociedades occidentales, tienen una ardua batalla por delante. La acumulación de riqueza ofrece acumulación de poder. Los poderosos, para mantener su poder, prefieren financiar siempre los dos bandos de las guerras, incluida la de clases, ahora llamada crisis, y hacer que duren cuanto más mejor. Muchos grupos de resistencia han sido co-optados por el sistema al que se deben enfrentar. Un sistema que les oprime a ellos, que oprimió y desposeyó a sus países y antepasados, y que ahora les ha convencido de que con su financiación lograrán cambiar el estado de las cosas.

Con esta conciencia única de los occidentales, los límites de lo tolerable son totalmente arbitrarios, los códigos y las leyes son funcionales, no obedecen a principios morales ni éticos, simplemente protegen la acumulación de una minoría frente a los derechos de la mayoría.

Hemos llegado a un punto en que no es que el capitalismo se adapte a la realidad, sino que es el sistema capitalista el que moldea la realidad, la hace más apta para sus intereses. La educación, las noticias, la cultura, todo es moldeado para mantener este estatus quo. A pesar de hablar más que nunca de "derechos humanos" se violan continuamente con nuestro total consentimiento. La capacidad del sistema de inducir conductas que van desde la aceptación pasiva a la negación de evidencias como la esclavitud o el racismo institucional es enorme y ha aumentado en las últimas décadas.

Hay alternativas planteadas sobre la mesa, ¡de hecho, desde hace tiempo y algunas desde el sur! Por ejemplo la de Kwame Nkrumah, el líder político y filósofo panafricano, ex presidente de Ghana, derrocado por la CIA en 1966. Nkrumah decía que "el comunalismo de las sociedades pre-esclavitud y pre-colonialismo de África es el ancestro socio-político del socialismo, y el socialismo es el comunalismo de la antigua África adaptado a la vida y circunstancias modernas". Si no estuviera vetado el imaginar, escuchar o debatir alternativas, podríamos empezar a pensar en propuestas como esta.